

Cáscara de nuez

Ian McEwan

Cáscara de nuez

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Nutshell
Jonathan Cape
Londres, 2016

Ilustración: © lookatcia.com

Primera edición: febrero 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2017

© Ian McEwan, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7975-9

Depósito Legal: B. 1144-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Para Rosie y Sophie

Oh, Dios, podría estar encerrado en la cáscara de una nuez y sentirme rey del infinito espacio... de no ser porque tengo malos sueños.

SHAKESPEARE, *Hamlet*

1

Así que aquí estoy, cabeza abajo dentro de una mujer. Aguardo con los brazos pacientemente cruzados, aguardo y me pregunto dentro de quién estoy, qué hago aquí. Los ojos se me cierran con nostalgia cuando recuerdo que iba a la deriva en mi bolsa corporal translúcida, flotaba en sueños dentro de la burbuja de mis pensamientos a través de mi océano particular de volteretas a cámara lenta, chocando suavemente contra los límites transparentes de mi encierro, la membrana acogedora que vibraba, mientras las amortiguaba, con las voces de unos conspiradores de una ruin empresa. Esto fue en mi juventud despreocupada. Ahora, totalmente invertido, sin un milímetro de espacio para moverme, con las rodillas apretadas contra el vientre, mis pensamientos, al igual que mi cabeza, están muy ocupados. No me queda otro remedio que tener la oreja pegada día y noche contra las sanguinolentas paredes. Escucho, tomo notas mentalmente y estoy preocupado. Oigo conversaciones ínti-

mas sobre un designio mortífero y me aterra lo que me espera, lo que podría arrastrarme.

Estoy inmerso en abstracciones, y sólo las relaciones que proliferan entre ellas crean la ilusión de un mundo conocido. Cuando oigo «azul», cosa que nunca he visto, imagino una especie de suceso mental que se acerca mucho a «verde», cosa que tampoco he visto nunca. Me considero inocente, exonerado de lealtades y obligaciones, un espíritu libre, a pesar de mi exiguo habitáculo. No hay nadie que me contradiga ni me reprenda, no hay nombre o dirección anterior, no hay religión ni deudas ni enemigos. En mi agenda, si existiera, sólo figura mi próximo nacimiento. Soy, o era, a pesar de lo que dicen ahora los genetistas, una pizarra en blanco. Pero una pizarra porosa, escurridiza, que no serviría para un aula ni para el tejado de una casa de campo, una pizarra que se escribe a sí misma a medida que crece cada día y se va llenando. Me considero inocente, pero al parecer formo parte de una intriga. Mi madre, bendito sea su corazón incesante que chapotea ruidoso, parece estar implicada.

¿Parece, madre? No, *está*. Estás. Estás implicada. Lo he sabido desde mi principio. Déjame evocar aquel momento de creación que llegó con mi primer concepto. Hace mucho, muchas semanas, mi surco neural se cerró para convertirse en mi médula espinal y muchos millones de neuronas jóvenes, trabajadoras como gusanos de seda, hilaron y tejieron con la estela de sus axones la espléndida tela dorada de mi primera idea, un concepto tan simple que ahora se me escapa en parte. ¿Aquello era *yo*? Demasiado vanidoso. ¿Aquello

era *ahora*? Excesivamente dramático. ¿Entonces era algo que precedía a ambas cosas y las contenía, una sola palabra forjada por medio de un suspiro o un desmayo mental de aceptación, de puro ser, algo como... *esto*? Demasiado preciosista. Así que, acercándome más, mi idea era *Ser*. O si no, su variante gramatical, *es*. Éste fue mi concepto primigenio y ahí está la cuestión crucial: *es*. Nada más. En el sentido de *Es muss sein*. El comienzo de la vida consciente era el fin de la ilusión, la ilusión del no-ser y la erupción de la realidad. El triunfo del realismo sobre la magia, del *es* sobre el *parece*. Mi madre *está* implicada en la intriga y por ende yo también, aunque mi papel pudiera consistir en frustrarla. O en vengarla, si yo, un cretino reacio, llego demasiado tarde.

Pero no me quejo de la buena fortuna. Supe desde el principio, cuando desarrollé de su tela dorada el don de mi conciencia, que podría haber llegado a un lugar peor en un momento mucho peor. Las generalidades ya están claras, comparadas con ellas mis problemas domésticos son, o deberían ser, nimios. Hay mucho que celebrar. Heredaré unas condiciones de modernidad (higiene, vacaciones, anestesia, lámparas de lectura, naranjas en invierno) y residiré en un rincón privilegiado del planeta: la Europa occidental, bien alimentada, libre de plagas. La antigua Europa, esclerótica, relativamente amable, atormentada por sus fantasmas, vulnerable a los matones, insegura de sí misma, un destino elegido por millones de desventurados. Mi vecindario inmediato no será la próspera Noruega, mi primera elección por sus enormes reser-

vas en divisas y sus generosas prestaciones sociales; no será la segunda, Italia, por su cocina regional y decadencia bendecida por el sol; ni tampoco la tercera, Francia, por su pinot noir y su desacomplejada autoestima. Heredaré, en cambio, un reino no tan unido, gobernado por una apreciada reina anciana, donde un príncipe empresario, famoso por sus buenas obras, sus elixires (esencia de coliflor para purificar la sangre) y sus intromisiones inconstitucionales, aguarda impacientemente su corona. Éste será mi hogar, y me conformo. Podría haber nacido en Corea del Norte, donde la sucesión es también incuestionable pero escasean la libertad y la comida.

¿Cómo es posible que yo, que ni siquiera soy joven, que ni siquiera nací ayer, sepa tanto, o lo suficiente para estar equivocado en tantas cosas? Tengo mis fuentes, *escucho*. A mi madre, Trudy, cuando no está con su amigo Claude, le gusta la radio y prefiere oír palabras a música. ¿Quién, en los inicios de internet, habría vaticinado el creciente auge de la radio, o el renacimiento de esa palabra arcaica, «inalámbrico»? Por encima del estruendo de lavandería del estómago y los intestinos, oigo el noticiario, origen de todos los malos sueños. Empujado por una compulsión autodestructiva, escucho atentamente los análisis y discrepo. No me aburren las repeticiones cada hora ni los resúmenes cada media hora. Hasta tolero el BBC World Service y los pueriles estallidos de trompetas sintéticas y xilofón que separan las secciones. En mitad de una noche larga y tranquila quizá le suelte a mi madre una fuerte patada. Se despertará, se desve-

lará y alargará la mano hacia la radio. Una trastada cruel, lo sé, pero los dos estamos mejor informados a la mañana siguiente.

Y a ella le gustan los podcasts de conferencias y los audiolibros de superación personal: *Conozca su vino* en quince capítulos, biografías de dramaturgos del siglo XVII y diversos clásicos universales. Aunque a mí me emociona, ella se duerme con el *Ulises* de Joyce. Cuando, para aislarse, los primeros días se insertaba los auriculares, yo oía claramente, gracias a la eficiencia con que las ondas sonoras viajan a través de la mandíbula y la clavícula, recorren la estructura del esqueleto materno y atraviesan velozmente el nutritivo líquido amniótico. Hasta la televisión transmite por el sonido la mayor parte de su escasa utilidad. Además, cuando mi madre y Claude se ven, de vez en cuando comentan el estado del mundo, por lo general para quejarse, a pesar de que conspiran para empeorarlo. Alojado donde estoy, sin otra cosa que hacer que desarrollar el cuerpo y la mente, lo absorbo todo, hasta las trivialidades, que son abundantes.

Porque Claude es un hombre que prefiere repetirse. Un hombre de muletillas. Al estrecharle la mano a un desconocido –le he oído dos veces– dice: «Claude, como Debussy.» Qué equivocado está. Es Claude como el agente inmobiliario que no compone ni inventa nada. Si le gusta un pensamiento lo dice en voz alta y más tarde lo repite, y, ¿por qué no?, lo dice otra vez. Es un placer para él que este pensamiento vibre en el aire por segunda vez. Sabe que sabes que se está repitiendo. Lo que no sabe es que no lo disfrutas como

él. Esto es lo que se conoce como un problema de referencia, lo he aprendido gracias a una conferencia de Reith.

He aquí un ejemplo tanto del discurso de Claude como del modo en que obtengo información. Él y mi madre han concertado por teléfono (oigo a ambas partes) una cita para esta noche. Sin contar conmigo, como suelen hacer: una cena para dos con velas. ¿Cómo sé lo de las velas? Porque cuando llega la hora y les conducen a sus asientos oigo que mi madre se queja. Hay velas encendidas en todas las mesas menos en la nuestra.

La secuencia siguiente es el irritado jadeo de Claude, un imperioso chasquido de dedos secos, ese murmullo obsequioso que emite, supongo yo, un camarero inclinado hasta la cintura, el raspado de un encendedor. Ya la tienen, su cena con velas. Sólo les falta la comida. Pero tienen en el regazo los pesados menús; noto el borde inferior del de Trudy sobre mi región lumbar. Ahora tendré que escuchar de nuevo la cantinela de Claude sobre el lenguaje de las cartas, como si fuera el primero que ha reparado en estas absurdidades sin importancia. Se demora en «frito en sartén». ¿Qué es una *sartén* sino una bendición engañosa del vulgar y malsano *frito*? ¿Dónde más se podrían freír sus vieiras con chile y zumo de lima? ¿En un reloj de arena para cocer huevos? Antes de continuar, repite parte de lo dicho variando el énfasis. Después, su segundo vocablo favorito, «desmigado», importado de América. Estoy repitiendo en silencio, mecánicamente, la exposición de Claude incluso an-

tes de que él la haya enunciado cuando un ligero la-deo en mi orientación vertical me informa de que mi madre se inclina hacia delante para ponerle un dedo de contención en la muñeca y decirle, con dulzura, para desviarle:

–Elige el vino, cariño. Uno espléndido.

Me gusta compartir una copa con mi madre. Puede que nunca hayáis probado, o que lo hayáis olvidado, un buen borgoña (el predilecto de ella) o un buen Sancerre (también su favorito) decantado a través de una placenta sana. Incluso antes de que llegue –esta noche, un Jean-Max Roger Sancerre–, al oír el sonido del descorche lo siento en la cara como la caricia de una brisa estival. Sé que el alcohol disminuirá mi inteligencia. Disminuye la de todo el mundo. Pero, ah, un pinot noir jubiloso que te pone las mejillas coloradas, o un sauvignon con sabor a grosellas, me hace girar y dar volteretas en mi mar secreto, ensanchando los muros de mi castillo, ese castillo elástico donde habito. O eso sucedía cuando tenía más espacio. Ahora gozo de mis placeres reposadamente, y a la segunda copa florece en mis reflexiones esa licencia que llamamos poesía. Mis pensamientos se despliegan en pentámetros bien hilados, en una variación agradable de versos con pausa métrica. Pero nunca toma una tercera, y eso lo siento.

–Tengo que pensar en mi bebé –la oigo decir mientras tapa la copa con una mano represora. Es cuando se me ocurre extender la mía hacia mi cordón aceitoso, como si fuera la cuerda de terciopelo de una casa de campo bien provista de sirvientes, y tirar de él

bruscamente para que acuda alguno. «¡Eh, oiga! ¡Otra ronda aquí para los amigos!»

Pero no, se reprime por amor a mí. Y yo la quiero, ¿cómo no iba a quererla? La madre a la que aún no he visto, a la que sólo conozco desde dentro. ¡No es suficiente! Anhele su ser externo. Las superficies lo son todo. Sé que su pelo es «rubio pajizo», que le cae en cascada como «monedas de rizos indomables» hasta los «hombros blancos como pulpa de manzana», porque mi padre le leyó en voz alta este poema suyo en mi presencia. Claude también ha aludido a su pelo con palabras menos ingeniosas. Cuando está de humor, se hace trenzas bien apretadas alrededor de la cabeza, al estilo, dice mi padre, de Yulia Timoshenko. También sé que los ojos de mi madre son verdes, que tiene la nariz como un «botón de nácar», que le gustaría que fuera más grande, que a los dos hombres por separado les encanta cómo es y han intentado tranquilizarla. Le han dicho muchas veces que es hermosa, pero ella se mantiene escéptica al respecto, lo que le confiere un poder inocente sobre los hombres, como le dijo mi padre una tarde en la biblioteca. Ella contestó que si era así, era un poder que nunca había buscado y que no lo quería. Era una conversación inusual entre ellos y escuché atentamente. Mi padre, que se llama John, dijo que si él tuviera ese influjo sobre ella o sobre las mujeres en general, no se le pasaría por la cabeza desaprovecharlo. Adiviné, por el simpático movimiento ondulatorio que brevemente me despegó la oreja de la pared, que mi madre se encogió de hombros enfáticamente, como diciendo: O sea que

los hombres son diferentes. ¿Qué más da? Además, le dijo en voz alta, cualquier poder que presuntamente ella tuviera era sólo algo que los hombres le otorgaban en sus fantasías. Entonces sonó el teléfono, mi padre se alejó para contestar y esta insólita e interesante conversación sobre quienes poseen poder no se reanudó nunca.

Pero volvamos a mi madre, mi infiel Trudy, cuyos brazos y pechos de pulpa de manzana y mirada verde anhelo, cuya inexplicable necesidad de Claude es anterior a mi primera conciencia, mi *es* primigenio, y que le habla a menudo, y él a ella, en susurros de almohada, susurros de restaurante, susurros de cocina, como si ambos sospecharan que los úteros tienen oídos.

Yo pensaba que la discreción de ambos no era más que una intimidad normal de los enamorados. Pero ahora tengo la certeza. Despreocupados, bajan el tono de sus cuerdas vocales porque están planeando un acto atroz. Les he oído decir que si sale mal arruinará sus vidas. Creen que si han de actuar deberían hacerlo rápidamente y pronto. Se recomiendan mutuamente calma y paciencia, se recuerdan uno a otro el coste que supondría el aborto de su plan, que hay varias etapas, que cada una tiene que ensamblarse con la siguiente, que si alguna fracasa todas se vendrán abajo «como las luces anticuadas de un árbol de Navidad»; este símil impenetrable es de Claude, que rara vez dice algo oscuro. Lo que se proponen les asquea y les asusta, y nunca hablan de ello directamente, sino envuelto en susurros y elipsis, eufemismos, en aporías

musitadas entre dientes, seguidas de carraspeos y bruscos cambios de tema.

Una noche calurosa y agitada de la semana pasada, cuando yo creía que hacía mucho que se habían dormido, mi madre dijo de pronto en la oscuridad, dos horas antes del alba según el reloj de abajo, el del estudio de mi padre:

–No podemos hacerlo.

Y al instante Claude dijo, categóricamente:

–Podemos. –Y al cabo de un momento de reflexión–: *Podemos*.